

4° Capítulo del Abad General M-G. Lepori OCist para el CFM – 28.08.2014

El esconderse de Adán y Eva después del pecado es el verdadero punto de distancia entre nosotros y Dios, nuestra verdadera alienación del Creador. No tanto el pecado, porque Dios nos busca incluso si somos pecadores, y diría que hasta se hace el tonto, cuando busca a Adán, porque ya sabe que el hombre se ha convertido en un bicho herido y salvaje que se debe acercar con cautela. Dios habría podido irrumpir en el paraíso con un palo en la mano, como el coco, clamando: "¡Si te pillo, te muelo a palos, porque me has desobedecido y traicionado!". Sin embargo, ¡qué ternura! "Adán ¿dónde estás? ¿No habrás comido del árbol...?" (cfr. Gén 3,9-11). Después se hace un poco el duro, pero más que describir sus castigos, describe las consecuencias de la elección que el hombre y la mujer han hecho alejándose de Él. Maldice a la serpiente, pero no al hombre y a la mujer, aunque el parto de la mujer y el trabajo del hombre serán con dolores a causa de ese esconderse del hombre de Dios. Y será como si antes de la bendición de Dios sobre cada criatura, expresada en el principio, permaneciese como una pantalla por ese esconderse del corazón del hombre con respecto a Dios: "¡Maldito sea el suelo por tu causa!" (Gén 3,17). El hombre que se esconde de Dios hace de sombra a todas las criaturas.

Subrayo esto porque el camino de conversión que va desde el escondernos de Dios a exponernos a Él, ese camino que de la "selva oscura", como diría Dante, nos debe conducir cada vez más a la presencia del Señor, pasando del temor al amor, del temor del castigo a la confianza en el perdón, es el camino de conversión en el que estamos, queramos o no queramos, empeñados cada día, y también la meditación de los Capítulos de este Curso debe ayudar a salir un poco más, un poco mejor, de los arbustos detrás de los que aún nos escondemos, y siempre ir de nuevo hacia Dios que nos busca, que nos ama, que nos grita.

Cada vez que oramos el Oficio divino, o que nos acercamos a celebrar la Eucaristía, o entramos en contacto con las personas y las tareas de nuestra comunidad, con el prójimo para amar hoy, en el que encontrar hoy a Cristo, es siempre de nuevo esta conversión que se nos pide y, ¡gracias a Dios!, se nos regala: la de salir de detrás de los arbustos detrás de los cuales nos sustraemos del encuentro con el Señor que nos busca con amor.

Dos días antes de sentirme decir por el Señor del Calvario el versículo del Cantar de los Cantares de los que os hablaba y que profundizaremos seguidamente ("¡Tú me has robado el corazón, hermana mía, esposa, tú me has robado el corazón con una sola de tus miradas!", Ct 4,9), siempre en el Calvario, el Oficio de lecturas me preparaba con una frase del amado a la amada, de Cristo al alma: " Paloma mía, que anidas en las grietas de las rocas y en los riscos de las peñas, déjame ver tu rostro, déjame oír tu voz; ¡porque tu voz es dulce y hermoso es tu rostro!" (Ct 2,14).

Dejemos resonar en nosotros este versículo, expuestos a esta búsqueda apasionada de un Dios que quiere ver nuestro rostro, sentir nuestra voz, que anhela una relación cara a cara con nosotros. Preguntémonos si y cómo estamos escondidos, ilocalizables frente a esta búsqueda, impermeables a este deseo, a esta pasión de Dios por el hombre, por cada uno de nosotros. Escuchémoslo llamarnos. Estemos en el fondo de la caverna, en el fondo de los grietas de la roca, y nos alcanza esta voz, esta llamada, este deseo. ¿En qué hendidura de la roca nos escondemos? ¿Cómo es que nos sustraemos a ofrecer nuestro rostro a su mirada, nuestra voz a Su escucha? No nos pide primero mirarle a Él, escucharle a Él. Esto vendrá después. Nos pide solamente no escondernos de Él, ser como somos en su presencia. Y tampoco nos pide subir quién sabe dónde, gritar quién sabe cuánto: ésta allí, apenas salimos afuera de la hendidura de la roca. Basta salir, y está allí, y enseguida nos vería, nos sentiría, y gozaría con esto, gozaría con vernos, con escucharnos. Es decir, ¡gozaría con nosotros! ¡Cristo gozaría con nosotros!...

"Paloma mía, que anidas en las grietas de las rocas y en los riscos de las peñas, déjame ver tu rostro, déjame oír tu voz; ¡porque tu voz es dulce y hermoso es tu rostro!" (Ct 2,14).

Pienso que jamás sabremos lo suficiente del deseo que Dios tiene de nosotros. De su búsqueda del hombre, de su anhelar una relación con nosotros, de su búsqueda justamente allí donde nos escondemos, por miedo, por orgullo, por ignorancia de Él, e ignorancia de nosotros mismos, de nuestro estar hechos por él para él. Hoy conmemoramos a san Agustín y cómo no pensar en su hermosísima expresión de las *Confesiones*: "Nos has hecho, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti" (Conf. 1,1,1)

Este versículo del Cantar sintetiza la naturaleza y forma de este deseo de Dios hacia nosotros. Dios se acerca consciente de dónde estamos escondidos, sabe que estamos escondidos "en las grietas de las rocas y en los riscos de las peñas". Quizá la paloma no sabe dónde se encuentra. Desde dentro, un escondite es oscuro. Desde dentro, un escondite parece una seguridad, parece protegernos, parece resolver el problema de la vida y del corazón. No nos damos cuenta que allí donde estamos escondidos, no vivimos en plenitud. Una paloma escondida en la hendidura de la roca no puede volar y no sabe que es blanca, hermosa. En los escondites perdemos el sentimiento de nuestra verdadera belleza, porque ninguno nos ve, ninguno nos mira.

Y Dios, precisamente, no se acerca al alma solo denunciando su escondimiento, solo para expulsarla, como hacen los perros con el zorro, o como encuentra la policía a un criminal: "¡Te cogí, sé dónde estás, ahora te atrapo!".

Dios se acerca al alma *bendiciéndola*, "diciendo bien" de ella, diciéndole su hermosura, su hermosura para Él: "Paloma mía, (...) tu voz es dulce y hermoso es tu rostro!". ¡Qué estima, que valorización para la tímida y grácil paloma este oírse llamar con bendición, con aprecio!

Pensemos en todas las veces que Jesús llama a alguien que está escondido. ¡Con qué benevolencia, con qué mirada de aprecio lo hace!

Zaqueo, por ejemplo, se sube al sicómoro, para ver a Jesús, pero creo que también para no ser visto. El hombre poderoso y rico que era, probablemente no hubiera tenido problema para abrirse paso en la multitud para alcanzar la primera fila. Los pordioseros que rodeaban a Jesús, se hubieran apartado rápido, más por temor que por amor, también por no sufrir alguna venganza por parte de Zaqueo en la recaudación de las tasas. Sin embargo, sube al árbol, desde donde cree ver sin ser visto. Como la paloma del Cantar que puede mirar desde la fisura de la roca sin ser vista. Pero "Jesús alzó la mirada y le dijo: «Zaqueo, baja enseguida, hoy tengo que hospedarme en tu casa.» (Lc 19,5). Ir a casa de alguien, sentarse a la mesa con él, es lo mismo que decirle: "¡Muéstrame tu rostro, hazme oír tu voz", es decir: "¡Deseo entrar en relación contigo!".

Y en la mirada de Jesús, desde que lo mira en medio de las hojas del sicómoro, es ya una bendición, una estima, un aprecio, un decirle que su voz es suave y su rostro hermoso, que su persona es hermosa hasta el punto de tener ganas de estar con él, hermosa hasta darle ganas a Dios de estar con él. Al final, Jesús lo expresará en otras palabras: "Hoy ha venido la salvación a esta casa, porque también éste es hijo de Abrahán" (Lc 19,9). Para un colaborador de los paganos, un publicano como Zaqueo, no existe juicio de consideración más halagador que reconocerlo como "hijo de Abrahán", miembro del Pueblo elegido. Pero la bendición, más que en las palabras, está en la mirada de Jesús, en su relación gratuita con nosotros, en su amor, en su amistad: Más allá de todas las definiciones de nuestra belleza y cualidad ("tu voz es suave, y tu rostro encantador", "Hijo de Abrahán"), es la relación misma que Cristo instaaura con nosotros, su deseo, su mirada que da consistencia a nuestra belleza, a nuestra dignidad. Toda la belleza de la esposa del Cantar está en la mirada del esposo. "*Nigra sum, sed formosa* – Negra soy, pero hermosa" (Ct 1,5). Los cánones de belleza no existen, pero la esposa sabe que es hermosa porque el esposo la mira con bendición. En el Cántico el esposo continúa repitiendo: "¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa!" (Ct 1,15; cfr. 4,1; 6,4; 7,7).

La mirada de Jesús confiere a la persona su belleza real, la realidad de la belleza, que no es nunca un ser hermoso en sí, como quiere hacernos creer el hedonismo narcisista imperante, fruto del pecado y que se alimenta en la concupiscencia, sino un ser invitado por un deseo de relación, de comunión, de amistad.